

José Viñals (ed.)

# La economía española ante el Mercado Único europeo. Las claves del proceso de integración.

*Madrid, Alianza Economía, 1992*

JOSÉ MARÍA SERRANO SANZ  
*Universidad de Zaragoza*

**L**os estudios de economía española hace tiempo que superaron ese tono descriptivo propio de los primeros balbuceos de toda disciplina, que no alcanza sino a ofrecer baratijas como conclusiones, y también los excesos de un verbalismo, tan ayuno de ideas como repleto de consignas, que regala alegremente diagnósticos tajantes pero bobos. Hoy existe una base sólida de trabajos en una gran variedad de temas que impone sus reglas a quienes deseen participar en la discusión colectiva (en la “conversación” de McCloskey) sobre los problemas de la economía española, en calidad de economistas y no como ideólogos o simples panfletistas. El dominio del instrumental analítico y el conocimiento de las múltiples publicaciones que hay sobre cada cuestión —un capital acumulado de evidencias fragmentarias— son las reglas esenciales.

Pues bien, el libro que nos ocupa será, sin duda, una de las referencias obligadas en la “conversación” en torno a la economía española de estos primeros años noventa; aunque no sólo por cumplir las reglas aludidas, sino porque añade elementos a la discusión. Y lo hace en un doble frente: contiene trabajos que aportan conocimientos concretos en algunas cuestiones esenciales (los incluidos en la Parte II, denominada un tanto vagamente, Aspectos sectoriales) y también una síntesis interpretativa del conjunto muy sugerente (la Parte I, Marco general, redactada por el editor del texto, José Viñals).

El libro es fruto de un programa de investigación promovido por el Center for Economic Policy Research para analizar la experiencia en la integración europea de los países del sur que se incorporaron a la Comunidad en los ochenta y hacer un pronóstico sobre las consecuencias que tendrá para ellos el Mercado Único. Como no podía ser de otro modo, hay mucho más de análisis de los años transcurridos desde la integración —al menos en el texto publicado— que de pronóstico sobre el nuevo marco que se abre en 1993. En este aspecto el título resulta equívoco, pues pone un acento en el Mercado Único que parece excesivo a la luz del contenido.

El libro tiene dos partes claramente diferenciadas, según se ha dicho. El conjunto de estudios que componen la Parte II aborda desde diversas perspectivas parciales la experiencia de la integración española. Tres trabajos examinan lo ocurrido en los mercados de productos industriales y en el propio tejido industrial; el primero (Carmela Martín), pone el énfasis en las modificaciones del patrón

comercial; el segundo (O. Bajo y A. Torres), en las relaciones entre comercio exterior e inversión extranjera directa; el tercero (J. Gual, Ll. Torrens y X. Vives), analiza la integración comercial a partir de un modelo de competencia imperfecta, en el que se presta atención particular al papel de los rendimientos crecientes a escala y la diferenciación de productos. Otros tres trabajos contemplan los mercados de factores productivos en el período de integración; dos de ellos (los de J. Viñals y L. Mañas) están dedicados a la incidencia del proceso en los mercados de capitales y el sistema financiero, respectivamente; el tercero (J. Andrés y J. García), analiza el mercado de trabajo, en el que no ha habido una integración efectiva, aunque sí repercusiones de lo ocurrido en los mercados de bienes y capitales. Finalmente se destina otro capítulo (J.M. González-Páramo) a examinar los márgenes de la política presupuestaria y los condicionamientos que impone al resto de la economía.

La lectura de los trabajos citados —todos ellos de calidad e interés— induce a pensar que el coordinador dio una amplia libertad para abordar los temas planteados, lo que tiene como ventajas la pluralidad de perspectivas y la evidente comodidad de cada uno con su enfoque, aunque haya que aceptar ocasionalmente los costes de algunas reiteraciones (especialmente en los tres capítulos sobre la integración comercial) y ciertas discrepancias no resueltas.

En punto a tales discrepancias convendrá, no obstante, precisar que no son demérito del libro, sino inevitable resultado de que el objeto de análisis —la economía española de los primeros años noventa— no está a estas alturas lo suficientemente iluminado como para que no quepan interpretaciones con diversidad de matices, lícitos en tanto respeten las evidencias establecidas. Lo que sí aconseja esta situación es proponer una interpretación global de los hechos con la que todas las evidencias seleccionadas sean consistentes; interpretación que necesariamente contendrá un germen de polémica, porque no todos los argumentos están cerrados, y que resultará tanto más incitante cuanto más elaborada. Este es el papel que cumple en el libro la Parte I, cuyo autor es el propio Viñals.

Este texto se organiza en tres apartados principales donde se examinan la economía en vísperas de la adhesión, los años transcurridos desde entonces y las perspectivas y posibilidades de política económica ante el Mercado Único. Entre los dos primeros existe una clara continuidad, mientras el tercero es más bien un corolario. La línea argumental parte de la situación en que se ha encontrado en los últimos años la balanza comercial —para ser precisos la de productos industriales, que, de otro lado, es la más relevante— el punto más sensible en la integración. A la vista del deterioro sufrido, se pasa a analizar los condicionamientos que dificultan la competitividad de la industria española. El colorario es que la política necesaria para obtener beneficios del mercado único consiste en remover tales condicionamientos. Como puede verse una argumentación compacta, que convendrá examinar con mayor detalle.

El déficit comercial agravado es el punto de partida y, en nuestra opinión, las consideraciones que se hacen sobre sus causas y consecuencias son susceptibles de alguna matización. En cuanto a las causas, la línea de argumentación principal relaciona el déficit con carencias de la estructura industrial española, que no le han permitido aprovechar el mercado más amplio, y con los condicionamientos negativos que imponen a la competitividad unos mercados de factores rígidos e ineficientes y una política monetaria necesariamente dura, para mantener la tensión antiinflacionista, por causa del déficit público y la inflexibilidad de los

precios en el sector de bienes no comerciables. Esto, junto con la presión de la demanda interna por la fase alcista del ciclo y una tendencia histórica al desequilibrio comercial, explicaría el empeoramiento brusco que ha sufrido la balanza comercial tras la adhesión. Como el ciclo es algo coyuntural que se corregirá a sí mismo y la tendencia tiene un halo de fatalidad, son factores que se dejan rápidamente de lado para concentrarse en la competitividad, sobre la que se articulan las propuestas de políticas futuras.

Sin estar en desacuerdo con lo esencial del razonamiento, queremos señalar que subsisten algunos interrogantes y que cabrían ciertas matizaciones. Entre los primeros, es llamativo que se relegue a un plano muy secundario el papel de la política de tipo de cambio; es cierto, como argumenta a menudo el Banco de España, que una devaluación es una forma engañosa, por transitoria, de mejorar competitividad, pero también lo ha sido desde hace tiempo que devaluar la peseta era más recuperar terreno perdido en precios relativos que provocar situaciones favorables artificiosas. El continuado crecimiento de los precios nacionales por encima de los europeos ha hecho cada vez más insostenible la posición de una peseta que ya se ligó al Sistema Monetario Europeo con un tipo de cambio muy exigente, obligando a ampliar el diferencial de intereses para compensar riesgos. El propio Banco de España debía ver la posición de la peseta tan precaria que no dudó en acumular reservas en vez de bajar los tipos de interés, temiendo seguramente un súbito desplome que obligara a intervenciones masivas y para hacer más creíble el tipo de cambio. Pero esta política —sabía desde el punto de vista financiero y de la estabilidad de precios— no dejó de tener costes para el sector real de la economía —especialmente el sector de bienes comerciables— aunque en el libro se pasa de puntillas sobre el tema. Otro interrogante que merecería reflexiones adicionales se refiere a la forma en que se ha llevado a cabo el desarme de protección; puesto que se reconoce la integración como proceso asimétrico (el desarme español era más pronunciado que el comunitario por la situación previa establecida en el favorable Acuerdo del 70) cabría preguntarse si no era posible una política que, sin alterar el calendario, hubiese hecho una transición más suave, por la vía de un tipo de cambio menos riguroso o medidas transitorias de acompañamiento a la industria.

Respecto a sus consecuencias, el déficit exterior puede crear problemas coyunturales de financiación y finalmente de solvencia y, a medio plazo, afectar negativamente al tejido productivo nacional. Los primeros no han sido importantes, como es bien conocido; el déficit se ha financiado con entradas estables de capital, lo que ha restado dramatismo al corto plazo, e incluso, se recuerda en el libro, desde una perspectiva macroeconómica, no es sino la apelación al ahorro externo necesario para financiar un fuerte proceso inversor, en presencia de un déficit público que presiona sobre el mercado de fondos prestables. Otra cosa es el medio plazo, se reconoce en el trabajo, porque de persistir el déficit consituirá “un factor de riesgo para el devenir de la economía española” (p. 77). No es fácil saber, a partir del libro, hasta qué punto éste es un peligro inmediato porque en los años analizados el déficit coincide con el ciclo expansivo, y no se precisan las relaciones entre ambos (aunque quede claro, naturalmente, que el déficit resta crecimiento presente y la expansión anima importaciones). Seguramente cuando se pueda completar el análisis de los años del crecimiento con el de los presentes momentos de estancamiento se aclarará más el papel del sector exterior en ambas situaciones.

Al margen de estas matizaciones el déficit exterior apunta –tal como se recoge en el libro– a un problema de competitividad de la industria española, originado tanto en carencias propias como en un entorno perturbador (mercados de factores, sector servicios, déficit público). Las carencias se refieren más a aquellos elementos de competitividad relacionados con el comercio intraindustrial (diferenciación de productos o economías de escala) que a los determinantes tradicionales del comercio intersectorial (abundancia relativa de factores), puesto que los cambios en el patrón de comercio tras la integración responden a los primeros, así como a la posición en tecnología y capital humano de las diferentes sectores (C. Martín). Sobre el punto concreto de las economías de escala y el tamaño, Gual, Torrens y Vives obtienen, en cambio, evidencias de que no es muy relevante, algo que contradice la idea generalizada de que la reducida dimensión de las empresas españolas era un problema a corregir.

No sólo la competitividad de las empresas en un momento del tiempo se ve perjudicada por los rígidos e ineficientes mercados de factores productivos, sino también sus posibilidades de adaptación rápida a un nuevo entorno, lo que abre serios interrogantes en el libro sobre las consecuencias a corto plazo del Mercado Único. El papel de rémoras que estos mercados en su configuración actual ejercen en la economía española, en paralelo con los sectores de bienes no comerciables, es eficazmente argumentado en el texto.

Un mercado de trabajo en el que los salarios se fijan de un modo no competitivo, sin que los desempleados tengan capacidad para influir en ellos, –el desempleo no es útil como mecanismo de estabilización macroeconómica– con escasa movilidad espacial o funcional y unos niveles de formación insuficiente, presenta una tendencia, difícil de corregir, a generar paro de larga duración, como explican Andrés y García. Unos mercados financieros poco eficaces y sometidos en los próximos tiempos a una apertura equivalente a la que han afrontado los mercados de bienes comerciables en años pasados, hacen dudar a Mañas de la viabilidad de la actividad financiera nacional. Un sector servicios al abrigo de la competencia exterior –y aún de la competencia sin más, cabría decir– convertido en un reducto inflacionista inexpugnable, que desequilibra permanentemente los precios y también la relación intersectorial de precios internos. El déficit público, que presiona sobre los mercados de fondos prestables y los tipos de interés, sólo podrá ser corregido con la política de gasto público, pues el Mercado Único recorta el margen de gestión en los ingresos.

Todo esto, mercados de factores, sector servicios, gasto público, nos conduce directamente al dominio de lo institucional, donde la política macroeconómica tiene escaso papel. Aquí el análisis muy formalizado es difícil cuando no inviable, porque volvemos al viejo mundo de la economía política. Sin embargo, puesto que se ha desplazado hacia lo institucional el centro de gravedad de la política económica, habría sido útil reflexionar, no solamente sobre los objetivos, sino sobre las estrategias que pueden hacer viables las medidas recomendadas. Ya que el comportamiento de los distintos agentes o grupos sociales no es aleatorio y es decisivo para el éxito o fracaso de estas políticas, no puede ser considerado exógeno o ajeno a las preocupaciones de los economistas. Aunque ésta no es sólo una limitación del libro sino un reto que tiene por delante la ciencia económica actual, si quiere ganar en realismo y operatividad como inspiradora de la política económica.

Los factores antes mencionados y la experiencia de los primeros años de la integración, llevan al ánimo de los autores un dejo pesimista cuando se han de pronunciar sobre los efectos a corto plazo del Mercado Único para la economía española. El optimismo sólo aparece cuando se habla de las posibilidades en el medio y largo plazo, pero tiene raíces voluntaristas porque no aparecen embriones convincentes del crecimiento, a no ser que la economía española se transmute en flexible, tecnológicamente avanzada, moderna en su capital humano y estable en sus parámetros macroeconómicos. En cualquier caso ya R. Portes en el Prólogo del libro advierte que “los principios económicos no son capaces a priori de proporcionar una respuesta concluyente sobre si los procesos de integración resultan finalmente beneficiosos o no” y esto es toda una cura de realismo para los economistas españoles que hemos tendido a considerar acriticamente –tal vez por motivos políticos y culturales– que la entrada en las Comunidades era necesariamente positiva *también* en el ámbito estrictamente económico.

Esto conduce a otro tema sobre el que igualmente puede reflexionarse a partir del libro: la presencia o no de intereses nacionales específicos en un país integrado en una unión económica y, en caso afirmativo, los condicionantes que tales intereses deben ejercer sobre la política económica nacional. No acostumbra a plantearse explícitamente esta cuestión, ya sea por pudor o por temor a deslizarse hacia el abismo de los arbitristas (el mercado siempre es una referencia segura), pero convendría hacerlo para aclarar los márgenes en que se está pensando.

En relación con las perspectivas ante el Mercado Único restaba por decir que en el libro no se recoge apenas el cambio de coyuntura de los últimos trimestres, por las fechas de su elaboración. Se toma el marco que propone el Programa de Convergencia, pero es difícil acordarse en estos primeros meses de 1993 de que tal Programa existió y creer que hace menos de un año se hacían alegres previsiones en documentos oficiales, según las cuales el crecimiento de 1992 sería un 3% y aún ascendería al 3,3% en el presente año. Entre paréntesis esto nos debería hacer reflexionar algo más sobre nuestra capacidad para hacer pronósticos. En cualquier caso, con el nuevo marco la advertencia con la que Viñals cierra su capítulo introductorio para el supuesto de que no se hagan los cambios y los esfuerzos requeridos (“el porvenir económico de nuestro país quedará seriamente comprometido”) cobra un mayor dramatismo.

En suma, ya lo decíamos al comienzo, el libro es una referencia ineludible en la “conversación” sobre la economía española actual –a la que estas breves notas quieren ser una modesta contribución–, porque representa el esfuerzo más serio y sistemático realizado hasta ahora para analizar las primeras consecuencias de nuestra integración en las Comunidades Europeas y contiene una sugestiva síntesis del momento presente y de los condicionantes que se hallan proyectados sobre el futuro inmediato.

